3°

DOS ARTÍCULOS

NOTAS BIOGRÁFICAS

ACERCA

DEL BIBLIÓFILO ANDALÚZ

D. JOSÉ VAZQUEZ Y RUÍZ

POR

EUGENIO SEDANO Y GONZÁLEZ

SEVILLA

Tip. de la REVISTA DE TRIBUNALES.—Rivero 11.—Teléfono 271.

MDCCCXCII

Tirada de 100 ejemplares

No se venden

A la tertulia literaria del

ARCHIVO HISPALENSE

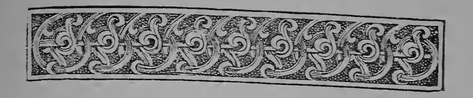
en prueba de respetuosa consideración

Eugenio Sedano y González

I.

LA PRIMERA IMPRESIÓN

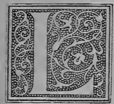
Artículo publicado en «EL UNIVERSAL», de Sevilla, número 6.156 y fecha 31 de Agosto de 1892.



Día 29.—8 noche.

D. José Vázquez y Ruíz.—Socorrido de un ataque de asistolia por congestión pulmonar, agudísima-grave.—Al margen.—Falleció ocho y media de la misma noche.

Nota de la Casa de Socorro.—Plaza de San Francisco.



A humanidad se resiste á las grandes impresiones, protesta con gritos del alma, y, sin embargo, perece en manos de ellas, desesperante, como el ahogado lucha con la asfixia que paraliza su organismo. Luchar no es vencer, digan lo que quieran filósofos é ilusionistas.

El corazón, ese músculo hueco para la anatomía, el muelle de nuestro mecanismo vital, entiende bien poco de conveniencias y lo mismo estalla distribuyendo la sangre por vísceras y tejidos, que se contrae torturando sus válvulas y haciendo desaparecer del mundo al mimado dueño.

La vida es un sarcasmo, una pirueta de arlequín; ni sueño, ni falsedad, ni hipocresía. Contraste ridículo é infame, no más.

Ayer un cerebro arrostraba las iras del infortunio

por capricho voluble de la fortuna, sin que fueran bastante para fortalecer sus desengaños, concepciones clarísimas, estudios, glorias y alabanzas. Todo ello pasaba como las hojarascas corren por las arboledas en las tardes del Otoño.

Sufrir es la perpétua esperanza del cerebro, y la contínua pesadilla de los corazones que saben contraerse bajo el peso de un sentimiento alegre ó triste, risueño ó lúgubre.

Y ¡odioso contraste de la vida material! Cuando las nebulosas desaparecen del horizonte, cuando la vida se hace más llevadera, y los sufrimientos cambian de objetivo, el corazón pierde su elasticidad, y aquellas fibras, ayer robustecidas al golpeteo constante de la desgracia, dejan de vibrar isócronas, embotadas, reduciendo la vida al solo espacio de un suspiro.

Entonces el organismo conviértese en montón de cenizas, y las irradiaciones del cerebro en leve recuerdo de largos infortunios que, al comenzar sus cánticos de triunfo, dejan oir los ayes de angustia que la realidad forja, por boca de una familia cien veces desgraciada.

*
* *

Pobre soldado del ejército español, ayudante de un colegio más tarde, oficial en las oficinas de nuestra Universidad cuando parecía algo ámplio su porvenir, profesor particular en colegios privados, escritor eruditísimo, copilador de los que más honra han proporcionado á la Sociedad de bibliófilos andaluces, humanista docto; conjunto que guardaba dentro de su modestia, característico don anejo á los hombres templados por el fuego del combate. Tal era D. José Vázquez y Ruíz, cuya muerte apena hoy

á los buenos amantes de las letras sevillanas, y desgarra el cariño de sus muchos amigos.

La noticia del triste accidente llegó á nuestros oidos con la ligereza del rayo, que nada corre más por los ámbitos de una población como el suceso triste de algo cuyos detalles levantan sentimientos filantrópicos á su paso.

Vázquez y Ruíz paseaba con su amigo el señor Montoto. El sabio bibliófilo pierde las fuerzas, teme por su vida y tiembla... Sus piernas negábanse al mandato del cérebro ya desvanecido por el imperio absolutista de un corazón que retenía el curso de la sangre en aras de los infinitos golpes asestados á su fibra elástica. — ¡Un coche! —se pide. El vehículo de un título aristocrático abre la portezuela, y el agonizante, con sus amigos, entra en él, para pedir á la ciencia lo que la enfermedad robaba. En la casa de socorro, el médico reconoce al enfermo que, presa del último ataque, solo puede articular palabras incongruentes. El terror y el espanto se pintan en los rostros de cuantos amigos rodean al enfermo; la ciencia afirma con frio laconismo:—¡Un cuarto de hora no dura! —y entre lágrimas, sollozos contenidos y pesadumbres, cae herido en la batalla uno de los soldados más valientes del bando capitaneado por la inteligencia.

¡La materia, como tal, destrozada á manos de ese titan que, las escuelas despreocupadas, han titulado *lucha por la vida*!

*
* *

No cantaré preces á sus méritos porque en mi garganta perderíanse los cánticos de alabanza. El Sr. Vázquez y Ruíz valía sin oropel de elogios mundanos, sin falsas aureolas de sabias eminencias. Sus obras, que ya juzgará al-

gún docto académico de la Real Sevillana de Buenas Letras, son el más cumplido elogio del talento, y si ellas le valieron respetos y consideraciones, no será esta pluma la encargada de ofender en muerte la modestia que supimos respetar en vida.

Sirva de lenitivo al mandato imperioso de nuestra conciencia el hecho de que, aunque quisiéramos dedicar pobre corona de laurel á la memoria del sabio, el pesar nos lo prohibe. Es llegada la hora de unir nuestro llanto á la pena de bondadosos corazones, y cuenta que conocíamos de lejos, como á la mayoría de los cerebros que honran las glorias literarias de Sevilla, á D. José Vázquez y Ruíz.

Mas nos dolía su historia de trabajos, y nos cautivaban su laboriosidad envidiable, sus eruditas publicaciones, su bondad, sus virtudes y su modestia.

Le lloramos como á hermano. Así sienten los corazones predispuestos á futuras parálisis.

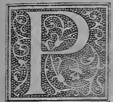


II

ESBOZO DE BIOGRAFIA

Artículo publicado en la «REVISTA LITERARIA», (regalo á los suscriptores de la REVISTA DE TRIBUNALES,) *número 4.°, y fecha 15 de Septiembre de 1892.*





OR segunda vez mi pluma corre trazando rasgos que hagan recordar la vida y méritos de D. José Vázquez y Ruíz, como si no fueran suficientes las lágrimas de amigos y deudos.

El último de los escritores viene á estas columnas para rendir un modesto tributo, á ruegos de quien debe ser obedecido por solo su mandato cariñoso. A mi querido maestro, Sr. Montoto, corresponde este lugar, no á mí, pigmeo de la república literaria sevillana. Mas, de un lado la viva impresión y de otro la pura amistad profesada, hacen que el maestro encomiende al discípulo la tarea, penosa porque siempre resultan fuera de diapason los cánticos fúnebres, mil veces triste porque cada línea dedicada al amigo de tantos cerebros, conviértese en dardo que traspasa corazones anonadados.

No poca parte de la importancia literaria de esta REVISTA, corresponde al Sr. Vázquez y ¡lástima grande que al colaborar en ella mi pobre pluma sea para decir al lector la falta del modesto y sabio bibliófilo!

***

Si el corazón del sabio estalla no quedaos impasible, forjando muecas de sarcasmo. Poned una mano sobre vuestro pecho y contad los latidos del músculo cardiaco. ¿Varía el punto donde el vértice del corazón choca? Pues, podeis compadecer y compadeceros. El sufrimiento no ha pasado por vosotros como pasa para el idiota; teneis corazón y esto basta. Mañana quizás os castigue vuestro sentimentalismo, muriendo ahogado entre sus garras.

¡Dichosos mil veces los egoistas! ¡Maldita la sociedad que los consiente!

Busquemos la vida, lo que por la materia existe y por ella muere. Empezemos desde el principio y toda su marcha, en serie evolutiva de hechos, nos dará la razón del fin.

Nace D. José Vázquez y Ruíz en un pueblecito de la provincia de Málaga, Manilva llamado, y apenas sus ojos se acostumbran á la visión de una vida mísera, fallecen sus padres. Aquel corazón de huérfano no encuentra consuelo y, por imperiosa fuerza de una voluntal de hierro, el niño conviértese en hombre, luchando á sangre y fuego contra la falta de subsistencia y la sombra del vicio.

No se hizo el cerebro del bibliófilo después de pasados mil infortunios; ¡nada aguza más la inteligencia que la descarnada silueta del abandono!

Pensaba el niño en lo que serían esos hombres llamados sabios y, al pensarlo, quiso estudiar creyendo en el consuelo de sus desdichas. ¡Todo inútil! La miseria no halla puertas de fácil entrada; pese á los que llevando vida expléndida, alardean de caritativos.

La lucha del Sr. Vázquez hubiera encontrado por premio la desesperación, á no contar el joven con la fuerza de acero que le sostenía.

El hombre de fundición especial, niño de diez y siete

años, ingresa en las filas del ejército español que luchaba, por aquellos días, con el árabe. El huérfano de Manilva viste el rudo traje de campaña, empuña el pesado fusil y con centenares de camaradas, tuesta su piel al humo de la pólvora, congestiona su corazón al grito de muerte que llena el ámbito de la batalla y no muere, porque la desgracia siempre vive.

Cesa la guerra, continúan los ayes de mil familias que perdieron hijos y parientes, licénciase el soldado y vuelve á su patria, no para curar la herida que desgarrábale el alma, sí para nuevas luchas que el infortunio le tenía reservadas. Acariciando su mente el primer deseo que la desgracia le hiciera ambicionar, vino á Sevilla buscando la manera de adquirir un título universitario, talismán en que creyó ver su salvación y su sosiego.

No son para contadas las vicisitudes sufridas por el señor Vázquez hasta obtener el título de Licenciado en Filosofía y Letras. Recurramos al dicho de uno de sus mas íntimos, nuestro buen amigo D. Prudencio Sánchez, cerebro templado también al fuego del sinsabor. Conoció el Sr. Sánchez á D. José Vázquez en las primicias de su carrera y nadie, mejor que él, podría darnos noticias de cuanto costó al sabio la realización de sus loables deseos.

Dice así el amigo en un extenso y sentido artículo dedicado á la memoria del bibliófilo:

«Privándose, pues, hasta de lo indispensable, trabajando de día y de noche en dar lecciones, y ocupando en sus estudios particulares las horas que otros dedican al sueño, fué cursando con aprovechamiento y lucidez las asignaturas del Bachillerato en Artes, no sin que en las lecciones, en las conferencias y en los exámenes causase la admiración de sus Catedráticos y compañeros.

En todo esto reveló nuestro amigo dos cualidades de un mérito nunca bastante alabado, á saber: la superior

inteligencia de su genio y la fuerza de voluntad indomable en la prosecución de los estudios.»

Iguales sufrimientos afrontó el llorado bibliófilo para conseguir su licenciatura y nadie podrá negarnos que la realización de tan santos propósitos, sin más auxilio que el corto sueldo percibido por su cualidad de ayudante en el colegio de D. Juan Naranjo, supone una fuerza de voluntad y un amor al estudio á prueba de contrariedades.

Como simple escribiente ingresó en la Secretaría de nuestra Universidad, donde, por orden de escala, ocupaba en los días de su infortunada muerte el cargo de oficial de la Sección de ciencias.

De su matrimonio con la virtuosa señora que sobrelleva el mayor peso de la desgracia lamentada de todos, obtuvo el Sr. Vázquez cinco hijos, pequeños hoy, por los que trabajaba y á los que quería con toda su honradez.

Aun pecando de sentimentalistas, cortamos aquí. Nuestra pluma pide descanso, porque el cerebro no puede resistir la impresión de cuadro tan desgarrador.

Una madre, cinco pequeños que la rodean y el fantasma del olvido esperando la hora de apresarlos con sus garras.

***

Hemos delineado á rasgos ligeros el hombre; veamos el cerebro.

No es propósito de nuestra pluma el de examinar detenidamente la influencia literaria del Sr. Vazquez, dentro del progreso intelectual de Sevilla, y mucho menos el de juzgar á fondo las obras del bibliófilo. Diremos cuatro palabras, porque así lo quiere el Sr. Montoto, y pedimos perdón, porque no nos hacemos castillos en el aire.

Era el Sr. Vázquez alma y vida de una reunión, donde el ingenio, el estudio y la inteligencia, agrúpanse de consuno para darnos brillantes muestras de su valer. Conocida es la tertulia de los bibliófilos, fomentada por una veintena de cerebros privilegiados. A ella concurren la filigrana de nuestros escritores correctos, el Sr. Gómez Imaz; la más estimada flor de la poesía andaluza, el señor Montoto; el erudito más incansable, el Sr. Gestoso; la historia, la ciencia y las artes, dignamente representadas por autoridades en la materia; el amor al estudio y la generosidad, para contribuir de grandiosa manera al progreso literario de Sevilla, en los dos aristocráticos hermanos que ostentan el nobilísimo apellido de Pérez de Guzmán.

Era eslabón de esta cadena el Sr. Vázquez. Él levantaba el espíritu de los más desanimados, alentando á los que le requerían en sus estudios especialísimos. Nada llevábase á la práctica sin escuchar el parecer del bibliófilo, cuya pérdida nos apena. Vázquez constituía la secreta unión de aquellos íntimos, tan preciados de sus estudios y progresos.

Poseía el Sr. Vázquez una serie de conocimientos que muy pocos atesoran, siendo difícil encontrar hombres tan incansables en la labor diaria. Las enciclopedias y bibliotecas populares han hecho muchos sabios de pacotilla.

Las lenguas muertas están abandonadas de manera criminal por los que se dicen literatos y escritores á voz en cuello. Verdad que la fama se consigue bien fácilmente con un articulito de hueras metáforas ó dándolas de eco popular por saber y entender de este desaguisado ó aquel entuerto.

Tal abandono no llega, por fortuna, á los que forman la buena cepa de la literatura andaluza, pese á los mil

sabios que entretienen sus ócios haciendo girones la honrosa tarea de tan respetables maestros. De entre ellos, el Sr. Vázquez dedicábase con mayor fé al estudio del latín, lengua madre, pero que la mayoría de los emborronadores de papel, tratan como á madrastra. Y este dominio del idioma latino, su perseverancia en el estudio de los clásicos, su afición á desentrañar textos ignorados de la mayoría, su grandísimo cariño á los manuscritos inéditos, en una palabra, su modo de ser especial, le hicieron adquirir el puesto preferente que justamente ocupaba para los bibliófilos andaluces. Familiarmente solían llamarlo *el de los papeles*, y todos saben que el gabinete donde estudió el bibliófilo era una propiedad inexpugnable conocida de muy pocos.

La importancia de los estudios del Sr. Vázquez traspasaba los estrechos ámbitos de la literatura andaluza. Menéndez Pelayo considerábale grandemememente, y, que Vázquez era hombre de ámplios conocimientos filológicos, lo demuestra el último trabajo publicado por esta Revista y cuya terminación no pudo llevar á efecto. El por qué llamábase *verso licambeo* cierta sátira poética, fué punto de duda para los bibliófilos andaluces, dudas que llegaron á Madrid sin lograr Menéndez Pelayo aclararlas. El carácter del Sr. Vázquez no le hizo desesperar, y, en efecto, después de mucho estudio por libros y manuscritos, la incógnita fué despejada. Con grande contento nos preparábamos á leer su carta literaria dirigida al señor Montoto, carta que había de proporcionarnos galas de una erudición envidiable, y el por qué de llamarse *verso licambeo* la sátira ya dicha, cuando la triste noticia comenzó á circular.

Docto y concienzudo escudriñador, poseía como especialísima dote la de conocer los libros al primer golpe de

vista, y tan preciosa cualidad, hacíale perito forzado para toda adquisición de obras ó bibliotecas.

Cúmo pudo hacerse de la preciada colección de libros y manuscritos dejados al morir, es punto de dificultosa respuesta. La biblioteca del Sr. Vázquez representa un capital, y sabido es que el bibliófilo carecía de elementos para tales *despilfarros*. Su colección de manuscritos es la prueba fehaciente de la constancia que caracterizaba al bibliófilo andaluz.

Sus obras notables, por lo que á erudicción se refiere, son: «Biografía y estudio crítico de las obras del erudito Don Justino Matute y Gaviria,» y «Anotaciones á los hijos ilustres de Sevilla,» del mismo autor. A más de estas dos obras, tesoros de conocimientos erudítos, escribió el Sr. Vázquez varios prólogos para obras de respetables bibliófilos, y, por encargo especial, no pocas inscripciones latinas, pues al decir de sus amigos, era un epigrafista de primera línea. Las inscripciones que han de ostentar los arcos en las próximas fiestas del Centenario, están redactadas por él.

Sus últimos trabajos quedan sin concluir, y, desgraciadamente, harto lo sienten los que conocían la trascendencia de las obras empezadas. Era una de ellas la «Historia de los seises de la Catedral de Sevilla,» de la que sólo escribió cuatro capítulos.

Casi á su terminación, deja el discurso que hubiera leído en la Real Academia de Bellas Artes sobre Rodrigo Fernández de Santaella.

El desconocimiento casi completo de sus estudios particulares, hace creer que guardaba el señor Vázquez algunos trabajos de erudición, quizás escondidos hoy entre el centenar de papeles archivados en el misterioso gabinete.

Ya nos dará razón de ello el que pueda adquirir tan valiosa biblioteca.

*
* *

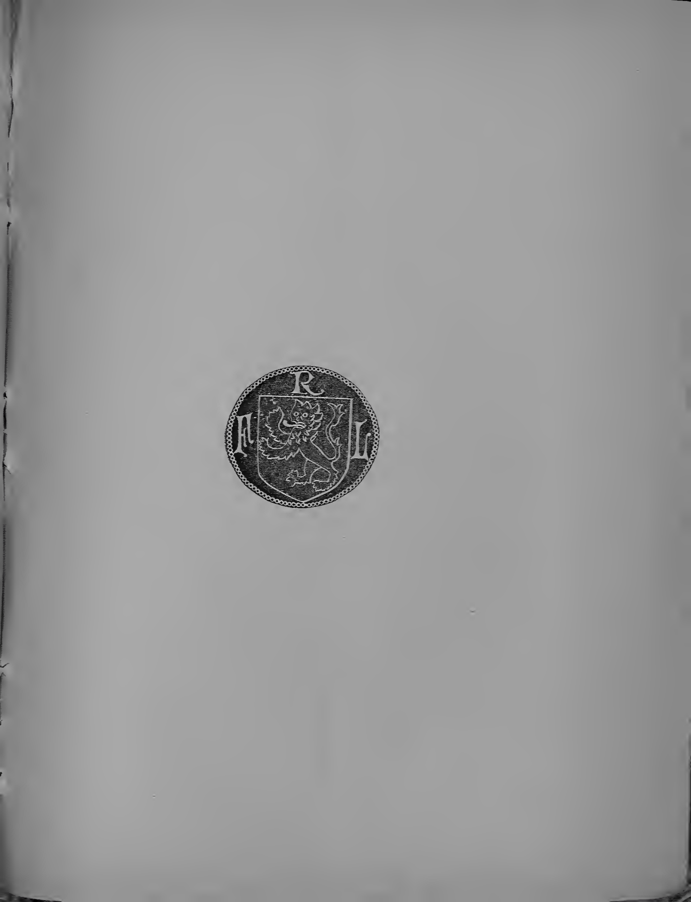
Temen algunos buenos amantes de las glorias literarias andaluzas, que con la falta del Sr. Vázquez se deshaga la robusta cadena formada por los bibliófilos sevillanos. No somos tan pesimistas. El Sr. Vázquez valía mucho y los bibliófilos apreciaban en alto grado su influencia de hombre escudriñador y docto, pero cada maestro de los llamados bibliófilos posee fuerzas suficientes para continuar la tarea honrosísima empezada con el inolvidable amigo de todos.

EUGENIO SEDANO Y GONZÁLEZ.

Sevilla 11 de Septiembre de 1892.



Acabóse de imprimir este folleto en la
Oficina de la Revista de Tribuna-
les, calle de Rivero, número
11, Sevilla, á XXI días
del mes de Septiem-
bre de mil ocho-
cientos noven-
ta y dos
años.


R
A
L

